

SÉRGIO SANT'ANNA

El vuelo de madrugada



Traducción de Ariel Magnus



HORMIGAS DE DEPARTAMENTO

En la madrugada de la ciudad se enciende una luz de lámpara. Es la vieja señora que despertó urgida por hacer pipí. Podría ir hasta el baño en la oscuridad, si quisiera, pues es el departamento en el que vive desde hace muchos años. Pero con el glaucoma, que ya se llevó su ojo derecho y buena parte del izquierdo, prefiere no correr el riesgo de golpearse contra las paredes y los muebles, voltear algún objeto o tropezarse con él, despertando a alguien de la familia.

A veces, la vieja señora, que toma diariamente un anti-depresivo y un somnífero, se despierta meada o incluso cagada en medio de la noche y llora despacito por semejante humillación. Antes de que la hija la convenciese de dormir con pañales, había noches en que mojaba y ensuciaba la ropa de cama y, al día siguiente, dependiendo del humor de la hija, esta podía regañarla, diciendo que de esa manera hasta la empleada tan antigua se terminaría yendo.

Cuando conseguía hacerse oír, les recordaba a todos que se mudaría por propia voluntad a una clínica geriátrica, sobre todo ahora que no contaba más con la exclusividad de la empleada. Las respuestas que recibía iban desde “No nos vengas con chantajes sentimentales, mamá” hasta el áspero “Sabes muy bien que es carísimo”.

Pero bastaba con que la señora mirara en silencio a la hija y al yerno para que ellos recordaran que la mitad del departamento era de ella, que también lo tenía en usufructo, después de la muerte del marido. Y que alcanzaría el dinero de esa mitad, sumado a la pensión del marido y algunas rentas financieras, para que ella pudiese vivir en la clínica hasta el final de sus días. Ella había visitado la clínica y

visto que todos estaban bien atendidos y tenían un baño individual directo en la habitación, obviamente porque estaban pagando.

Durante aquella conversación muda, hasta trataban con mayor deferencia a la vieja señora, como si también recordaran que la iniciativa de vivir con la madre y suegra había sido de ellos, con finanzas fiscalizadas desde que habían pagado la prima de un departamento, todavía en etapa de planificación, en la Barra. El departamento en el que estaban viviendo era en un edificio antiguo de Flamengo y hasta ese momento nadie había tocado el tema de que la vieja señora fuera a vivir al departamento nuevo, una vez que estuviese listo.

Con la pareja había venido su único hijo, Fernando, ahora de dieciocho años. A pesar de ser un tanto apático y distante, era él quien, junto con Mercês, la empleada, mantenía las mejores relaciones con la vieja señora y hasta compartía con ella un secreto. Fernando también le prestaba pequeños servicios a la abuela, como comprar cigarrillos sueltos y remedios y, a veces, la llevaba a dar pequeños paseos, poniéndola toda orgullosa de andar tomada del brazo de un muchacho tan bonito.

Como la vieja señora ya no tenía fuerza física y mental para realizar transacciones bancarias, su tarjeta de crédito estaba en manos de Alice y Pedro, la hija y el yerno, que manejaban escrupulosamente el dinero de la pensión y de las inversiones de ella. Se mantenía una contabilidad en la que los gastos domésticos se dividían por tres, excluyendo al muchacho, que solo estudiaba y no tenía ingresos. Pero como el beneficiario era el nieto, a la vieja señora no le molestaba para nada esa división y hasta le pasaba algún dinero al chico, que acostumbraba retribuírselo con un beso en la cara o en la cabeza, lo que humedecía los ojos de la abuela.

*

Cierta tarde de domingo estaban solos ella y Fernando en casa. Al pasar por delante de la puerta del cuarto de él, que estaba entreabierta, la vieja señora oyó música y sintió un olor extraño que venía de adentro, junto con humo. Preguntó una, dos, tres veces, en voz cada vez más alta, si podía entrar, hasta que él la escuchó, bajó el volumen de la música y, descalzo, vestido solo con una bermuda, se acercó a abrirle la puerta.

–Ponte cómoda, abu –le dijo, ayudándole a sentarse en una silla junto a una mesa con una computadora apagada, después de lo cual giró la silla hacia la cama, donde se acomodó él mismo, recostado contra una almohada en la cabecera. La música provenía de un pequeño aparato sobre una repisa.

–¿Qué música es esa, Nando?

–Es Jimi Hendrix, abu. ¿Es de tu época? –se rió.

–Yo soy muy vieja, Nando.

–Tampoco es de mi época, abu, yo soy muy joven –volvió a reírse–. ¿Te gusta?

–Más o menos, pero no tienes que molestarte por mí. Ese cigarro que estás fumando, ¿es de paja?

–¿Si yo te cuento un secreto, no se lo dices a nadie?

–No, no lo diré.

–Es cannabis sativa, abu. Lo que la gente también llama marihuana.

–Puaj, hijo, cuidado con las drogas, hacen mucho mal.

–No es droga, abu. Es solo una hierba de la naturaleza. Hace menos mal que el cigarrillo que tú fumas. ¿Quieres probar?

–Si fumo, ¿qué me va a pasar?

–Nada malo, te lo garantizo. Solo vas a percibir mejor algunas cosas.

La vieja vaciló un poco, pero después dijo que quería probar un poquito. El nieto le mostró cómo debía tragar el humo y retenerlo en los pulmones. La vieja solo dio dos pitadas, porque a la segunda empezó a toser. El nieto le aplicó dos golpes suaves en la espalda y la tos se detuvo.

–Dios me libre.

Fernando tomó el cigarro de la mano de la abuela, le dio una pitada más y lo apagó en un cenicero.

–¿Es solo eso, Nando?

–¿Solo eso qué, abu?

–No siento nada.

–Espera un poco.

Sobre la mesa, en el espacio libre que dejaba la computadora, había dos papeles metalizados de bombón con ínfimos pedazos de chocolate. Una hilera de hormigas pasaba por encima de ellos, yendo y volviendo de algún lugar fuera de la habitación.

–Está lleno de hormigas.

–¿Logras ver las hormigas?

–Mirando de bien cerca, lo logro con uno de los ojos.

¿Por qué no tiras esos papeles?

–Después los tiro.

Silencio, y después la vieja dice:

–Gracias esas hormigas.

Fernando sonrió:

–¿Por qué, abu?

–Son diminutas, pero viven igual que nosotros. Cada una con su vidita, incluso si no las vemos.

–Es así, abu –rió.

–Para qué matar las hormigas, ¿no es cierto, Nando?

–Exacto. Yo no las mato.

–Mercês las mata. Anda aplastando un montón con los dedos. Pero no sirve, porque aparece un montón más. Se pone

como loca. Porque donde más aparecen es en la cocina, sobre los restos de cualquier cosa azucarada.

–También les gusta la pasta dentífrica –Fernando lanza una risa boba–. ¿No miras en el armario del baño?

–Miro, sí. ¿Ya pensaste, Nando, que una hormiguita también muere de vejez si nadie la mata antes? –y esta vez fue el turno de la vieja señora de empezar a reírse sin parar, hasta las lágrimas.

Ese cigarro compartido una tarde de domingo, ese era el secreto entre la señora y Fernando.

*

La vieja se levantó lo más rápido que podía y, ya en camino al baño, con sus pasos diminutos, se desprendió la cinta adhesiva que ataba el pañal a su cuerpo, para llevarla luego en la mano. Al sentarse sobre el inodoro, pudo orinar libremente y, como el intestino se mostró lo bastante suelto, se sintió doblemente aliviada y victoriosa.

Como no quería dejar rastros de su paso por el baño, aunque más no fuera el de un pañal limpio, en vez de arrojarlo al cesto de la basura junto al inodoro, se dirigió a una pequeña área anexa en el fondo de la cocina, donde había una puertecita que se abría hacia el conducto de la basura del edificio. Con manos temblorosas, abrió la pequeña puerta y se desprendió del pañal.

Así, libre, prestó atención al tic-tac bien bajito del reloj a pila sobre la heladera. Acercándose a él, pudo ver que eran más o menos las tres y cuarto. Sintió ganas de tomar un poco de Coca-Cola, que ella sabía que solía haber en la heladera, pero desistió ante la posibilidad de tener que orinar otra vez esa noche. Eso la hubiese obligado a tomar recaudos, colocándose en el cuerpo un pañal, tarea que aún

lograba llevar a cabo, aunque con dificultad creciente. Y pedirle ayuda a la hija o a la empleada, a esa hora, ni pensarlo, aun cuando la segunda, cuyo cuarto estaba ubicado en el anexo de la cocina, al percibir la luz encendida y oír los pasos inconfundibles de la señora, hablase desde su cuartito:

–¿Necesita alguna cosa, doña Amália?

–No, gracias, Mercês, ya estoy yendo para mi habitación.

En su camino de regreso, no precisaba darse prisa, y hacia allí fue, arrastrando las pantuflas, sintiendo una ligera y agradable somnolencia. El hecho de ya haber ido al baño la dejaba más segura de dormir el resto de la noche y sin pañal. Dormir, cuando no había preocupaciones de ese orden, era una de las mejores cosas en su vida, si no la mejor, pues el sueño, se acordara o no de lo que soñase, la liberaba de su cuerpo tan gastado y de la ceguera creciente y de la mente que vivía adherida a los temores de oscuridad completa y soledad.

Su mente, por el tiempo que ya había vivido, abrigaba una multitud de recuerdos que recorría en un instante en todas las direcciones. Entre tantas cosas, se vio atravesada, velozmente, por un recuerdo de adolescencia, de cuando había ido al entierro de la bisabuela de una amiga. Su grupito, insensible –incluida la muchachita que era bisnieta de la fallecida–, jugaba a observar a los añosos y encorvados, que arrastraban los pies por el suelo al andar. Uno de los muchachos –ella se acordaba de un amigo suyo llamado Renato– comentó que los viejitos estaban buscando su propia tumba, y los de la pandilla tuvieron que dispersarse, algunos hasta abandonaron la capilla del cementerio para no explotar de risa ahí dentro.

La vieja señora sabía muy bien que ahora la que arrastraba los pies y se encorvaba hacia el suelo era ella misma, y que la mayoría de la pandilla ya había sido despachada –lo pensó

con ese verbo y fue capaz de sonreír, y hasta de reírse de verdad, al pensar que ella era una especie de fantasma vagando por el departamento. Tal vez esos momentos de cierta euforia tuviesen que ver con los antidepresivos; podían venir con la humedad en los ojos y el recuerdo, como en aquel instante, de acontecimientos tan llenos de juventud y vitalidad del pasado como la tarde en que la pandilla fue toda junta a ver una película con Fred Astaire que los hizo sentir como si los humanos pudiesen flotar encima del suelo, y al salir del cine solo pensaban en bailar y ennoviarse, y la vida era una cosa bonita que todavía estaba casi toda por venir, y ahora ya había venido, el mismo Fred Astaire había sido devorado por los gusanos. Y cuando volvía a verlo, con dificultad, en algunas películas en la televisión por cable, la señora no podía dejar de pensar, con su humor negro, que Fred Astaire, ya viejísimo, había dado un salto ágil y gracioso, de chistera, frac y bastón, desde el escenario hacia el más allá.

La vieja señora deseaba ardientemente que su muerte llegase súbita y sin dolores antes de que la ceguera se hiciese completa. Ya había estudiado, sí, alguna que otra vez, la posibilidad de darse fin a sí misma –usando los somníferos recetados por el médico, que podría ir guardando hasta tener una cantidad suficiente–, pero había algo en esa idea que le provocaba rechazo, pues significaba tomar el destino en sus manos, y desde temprano había oído hablar de castigos terribles, inimaginables por tal acto, como sufrir eternamente, ya fuera con el cuerpo o el alma, en el infierno. No es que creyese firmemente que eso pudiese ocurrir, y hasta pensaba que semejante crueldad era bien típica del ser humano, pero por muy ínfima que fuese la posibilidad –a fin de cuentas, también haber nacido era sorprendente– bastaba para disuadirla, por lo menos por el momento.

De vuelta en su pieza, se sentó en la cama. Ya iba a acostarse y apagar la luz de la lámpara cuando una brisa hizo que la cortina se levantase y golpeará suavemente contra su cuerpo. Giró el rostro hacia la ventana y fue entonces que vio la estrella, bien en el centro de su ojo izquierdo. No era ningún milagro, ya que su tipo de glaucoma cegaba la vista, progresivamente, desde la periferia hacia el centro y en ese centro, a veces hasta poco tiempo antes de que la visión quedara completamente destruida, como ya le había ocurrido con el ojo derecho, una persona que sufría ese mal podía percibir de cerca cosas tan pequeñas, como las hormigas del departamento, o infinitamente distantes, siempre que tuvieran el brillo y la dimensión aparentes de una estrella en el cielo.

Pero avistar aquella estrella, esa noche, la tomó por sorpresa; era como si la estrella la atrajese misteriosamente. Y con la libertad de movimiento que tenía en su cuarto, enseguida se aproximó a la ventana. Corrió la cortina y alzó la vista al cielo, en la dirección en que se había mostrado la estrella, y logró observarla nuevamente, o alguna otra dentro de ese campo de visión, poco importaba.

La vieja señora ya no tenía la agilidad para mantener conversaciones, ni las personas, con excepción de Nando, estaban interesadas en sus ideas. Había dejado de leer hacía unos veinte años, lo que no significaba que hubiese olvidado lo aprendido, y la gente realmente se habría asombrado si supiese lo que aún podía hacer su pensamiento, solo consigo mismo, sin necesidad de hablar. Sabía suficiente de astronomía para reconocer que aquella estrella debía ser gigantesca en comparación con la Tierra y estaba a una distancia de varios años luz, unos diez, por ejemplo, y a trillones de kilómetros. Eso no obstante, una criatura como

ella aún podía verla, vincularse a la estrella con su restito de visión, estableciendo una especie de comunicación entre ambas, como si la estrella también se vinculase con ella.

La vieja señora se sintió presa de una euforia súbita –no importaba si, otra vez, con el auxilio de los antidepresivos; de todos modos era su cerebro el que funcionaba–, pues la distante magnificencia de la estrellita (ella usaba ese diminutivo) le quitaba importancia a su persona, y era bueno sentirse poco importante cuando se llegaba al estadio al que había llegado ella. La dimensión inconcebible de la distancia y del tiempo en la noche estrellada, de la cual ella solo veía un poquito, convertía su propio tiempo en una fracción inconmensurablemente ínfima, aun cuando sufrir pudiese hacer que los minutos resultasen insoportablemente largos, como ya había experimentado en los hospitales, en las unidades de terapia intensiva, después de dos cirugías, una para sacarle el útero, otra el intestino. Y sobre todo como había podido atestiguar durante la agonía del marido, víctima de un cáncer general. Hasta que el último suspiro de él, para el cual ella le había pedido al médico que colaborase en secreto, fue sentido por todos como un alivio y una liberación.

La vieja señora creía que era una simplificación, casi una tontería, lo que predicaban las religiones oficiales, prometiéndoles a las personas la resurrección, como si cuerpos tan imperfectos debiesen continuar; como si tuviese gracia que ella y su marido se reencontrasen de la forma en que habían sido. Pero ante la grandeza de la noche, que se prolongaba por regiones incalculables para el pensamiento, ¿quién era ella para afirmar alguna cosa?

En verdad, pensaba que debíamos simplemente desaparecer, más aún: ante la decrepitud y la enfermedad, el dolor

y los excrementos sueltos de una persona, la nada era un avance, una purificación. Pero la nada era también un vértigo del pensamiento, acaso el mayor misterio de todos, pues para concebirla tendría que existir alguien que la hiciese. A la vez, era también una deliciosa embriaguez pensar en un infinito sin ningún ser que reflexionase sobre él. No es que ella profiriese organizadamente este discurso, incluso lo contrario: había una simultaneidad de pensamientos y percepciones saltando por encima de las palabras y que se unía, sí, a un vértigo embriagador, con la vieja señora que apoyaba sus manos sobre el parapeto de la ventana para continuar sondeando y abrazando la oscuridad estrellada, lo que ya le cansaba bastante la vista.

Sabía muy bien que en las regiones mucho más distantes que aquella en la que se hallaba la estrella había billones de otras, en espacios donde estarían teniendo lugar explosiones nucleares de un poder espantoso, que se alimentaban de sí mismas, sin el testimonio de ningún ser cercano. Y mientras tanto, en algún punto del universo había por lo menos un ser pensando en eso, la vieja señora, que ocupaba su lugarcito ínfimo, como el de una hormiga de departamento, iluminado por la luz de la lámpara y lanzando su pensamiento tan precario hacia aquellos eventos grandiosos e invisibles, como estrellas que emiten su brillo portentoso desde hace millones de años luz. Esto hacía que la vieja señora se volviese completamente humilde, a la vez que muy orgullosa de formar parte de aquel todo universal en cuyo interior se perdería en breve.

No tenía certezas espirituales y admitía hipótesis que nunca, en su vida, tendría posibilidad de comprobar. Entonces lanzó, en silencio, una invocación: “Que esas luces me guíen a buen término, en el todo o en la nada”.

Estaba agotada y ya no podía seguir observando la estrella, que desapareció de su campo de visión. Cerró entonces la cortina y volvió a la cama.

En la madrugada de la ciudad se apaga la luz de una lámpara.